

Yuleisi Cruz Lezcano

Con voz de mujer

Maravillas

¿Se puede inmortalizar un sonido?
¿Un sonido como el de una armónica
que se cuenta como medida
cuando declina el día?
Una voz pequeña
me hace este tipo de preguntas,
luego levanta la barbilla
ofreciendo su rostro al viento,
con los ojos cerrados
parece estar buscando respuestas.
El viento recita su camino
sobre los nidos que se agarran a las ramas
escribe nombres,
un pájaro abre el ojo de la garganta
y al fondo de la sombra
abre la curiosidad,
ofrece la máxima amplitud de un verso.
Otro pájaro se acuerda,
es el inventor de sonidos maravillosos,
puede inventar el tiempo de la niñez
y su alma,
la borrosa mañana en la neblina
camina por los ecos.
Las compartidas maravillas, las preguntas
tienen en su interior una nota
y sentidos que coinciden con esa nota.
La risa es un sonido
más hermoso que la música,
se detiene en un momento y siente,
en sus plegarias hay un sonido
que abraza, enamorado
del camino que aparece.
La boca ríe y sabe

que hacer con el día
cuando el sol se esconde.
Todas las risas tienen música
y son visibles.
La risa es el sol de los niños
se le puede tirar fotos
y contemplar para entender
que después que ríe un niño
la palabra misma pierde
todo sentido.



Editorial Construir

Nuestras modernas sociedades occidentales están construidas sobre el a priori del estado de derecho, con los derechos humanos como inspiradores de leyes que han de valer para todos, con independencia de su edad, sexo, raza, etc. En teoría todo está muy bien si además sumamos la riqueza del capitalismo devorador de otras tierras y riquezas. Otra cosa es la realidad de las relaciones humanas y de las características socioeconómicas de cada individuo. Lo real es la lucha por la vida donde unos pocos lo tienen más fácil, la mayoría no vive mal y otra inmensa población vive en precario y necesita ayudas para salir adelante.

Es un hecho que existen trabajadores a jornada completa (y horas extra) que no llegan a fin de mes y han de acudir a la caridad. Decía Ana M^a Matute que hay que hacer cosas que te saquen del pozo porque al final la vida termina siendo verdad. Y recurrir a la justicia ordinaria para arreglar tus cosas tampoco es muy aconsejable, pues ya está colapsada al menos en las grandes ciudades.

Por eso sería deseable que las características del trabajo tuvieran en cuenta el coste real de la vida para quienes verdaderamente generan riqueza. Claro esto rompería el modelo de sociedad que tenemos. No es de extrañar que la gente no apueste por los planes de pensiones y la fuerza de muchos sea ser rentista mientras otros tienen carencias. No es un asunto baladí el de la precariedad laboral ni tampoco lo es el acceso a la vivienda.



Particularmente veo con vergüenza como las administraciones públicas solo ofrecen y a duras penas, un alquiler social con ausencia normalmente de “soluciones habitacionales” para los que son desahuciados. Es difícil desde esta realidad tener conciencia de sociedad, que al menos debería exigirseles a los políticos cuando el principal bien para construir una vida, la vivienda, es tan inaccesible y en lugar de mejorar empeora. Vivir de alquiler no es la solución ni cheques ayuda que acaban al final en manos de los ya ricos. Hay que construir vivienda social. Y una banca pública que garantice el acceso a la vivienda de los más precarios. El resto será otro cuento chino.

Fotografía: el editor daniel Collado por Cristiane Ventre

Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº38 Mayo 2025

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378
Caminante (Madrid) Edición mensual

en papel de 20 ejemplares de 32 páginas
a todo color. Precio: 8 euros

Distribución gratuita via email a los 5
continentes, previa solicitud. 600 lectores directos,
3200 seguidores en facebook

La Revista Caminante

no se hace responsable de las opiniones y
redacciones de los autores que la
componen. La participación es libre y no
remunerada. Los textos e imágenes enviados
están sujetos al criterio del editor. El autor
conserva los derechos sobre su obra.



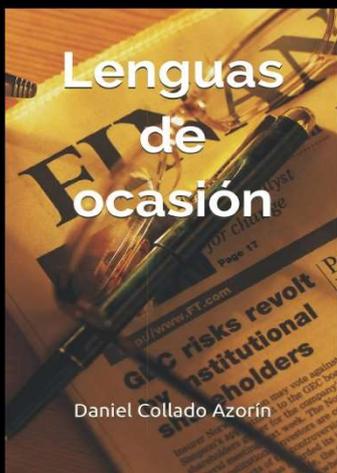
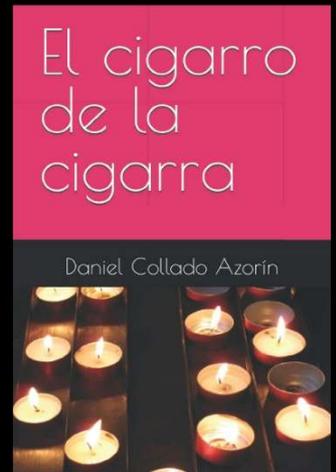
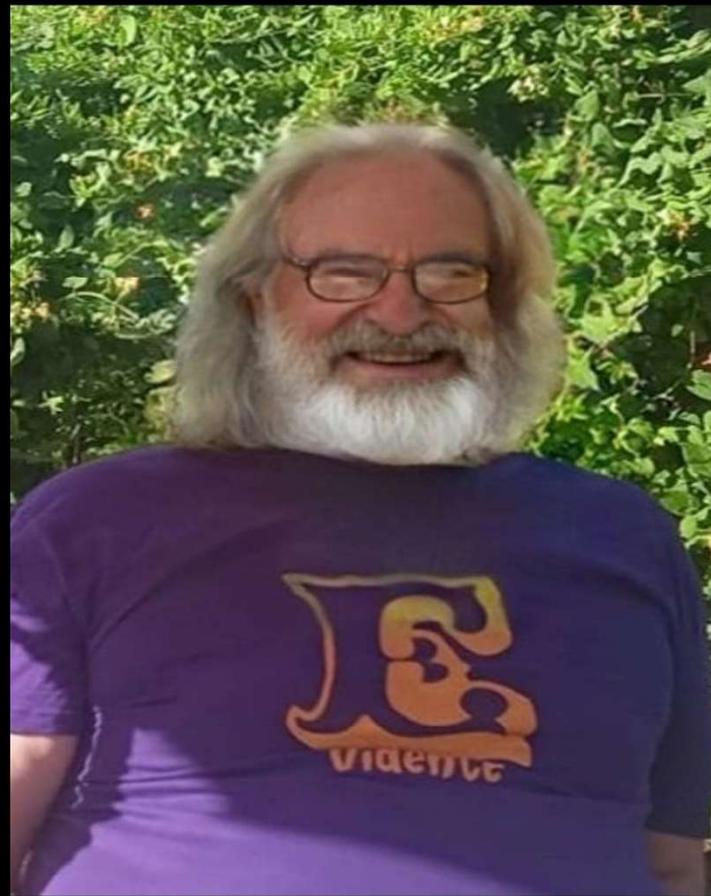
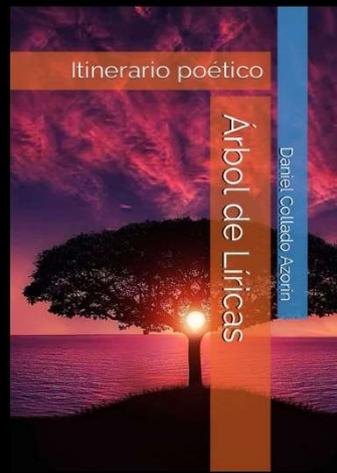
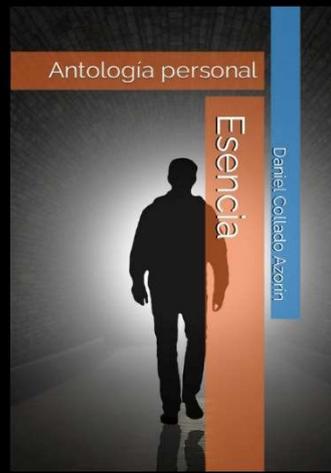
Todo está por terminar (VI)

La casa se encuentra además rodeada por pequeños cobertizos que servían para almacenaje de los aperos de labranza, maquinaria agrícola e incluso un pequeño tractor Pascualín que aún conservamos. Adosada a ella, existe una estructura que sirve para cubrir el corral que permite el acceso tanto a la vivienda como a la cuadra, una forma de mantener seca tanto la entrada de la vivienda como el acceso a todos los elementos que componen el conjunto de la propiedad. Todo muy bucólico si uno no repara en el pequeño detalle de que la cubierta de ese corral transcurre a través de la cota media de las ventanas de la cocina, algo que desde muy pequeña me pareció cuanto menos chocante, y algo que a mi madre aún hoy le produce verdaderos sarpullidos. Pero como todo en lo rural se concibe con un sentido, este elemento fue “diseñado” de esta forma por mi abuelo, el padre de mi padre, decía que de esta manera podía ver (y controlar), tanto quien se aproximaba por el camino en la lejanía, como quien entraba en casa a través del corral, ya véis, arquitectura realmente funcional..

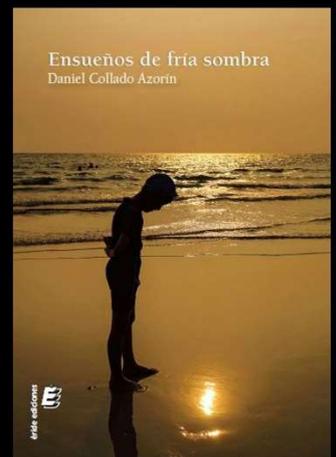
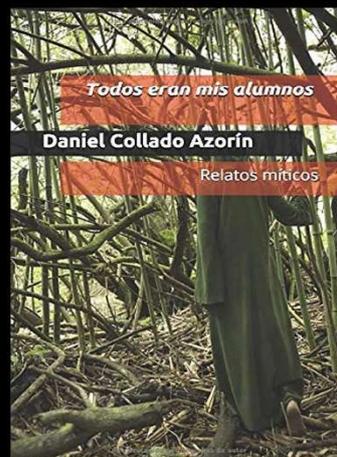
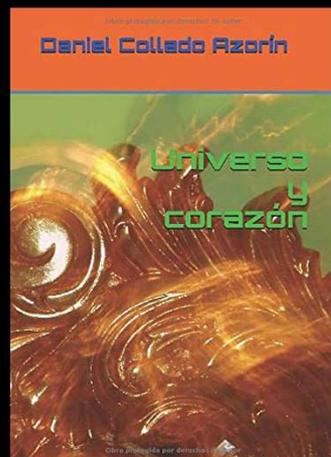
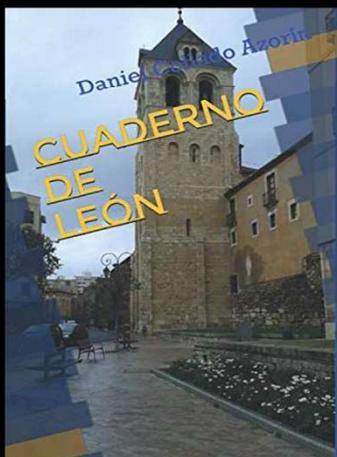
Como en toda casa de pueblo, no faltaba su gallinero; ubicado en la parte más alta de la ladera en la que se articula el conjunto, tenía un acceso bastante complicado, tanto por lo empinado del camino de traviesas que servía tanto de paso para llegar a él y a la panera de la casa, como por lo irregular de su pavimento. Aún recuerdo a mi abuela Camila subir, y ya bien entrada en años, a coger huevos frescos para que nos lleváramos de vuelta a Oviedo. Ella encaraba el camino con la misma agilidad que un gato, y como por arte de magia, sin cesta donde portar, llegaba a casa con una docena de huevos enmarañados en su mandil, sanos y salvos.

La casa también contaba con un horno para hacer pan, empanadas y otros deliciosos y típicos alimentos como los bollos “preñados”, que consisten en rellenar un bollo de pan con chorizo, en su versión más conocida, aunque también solían rellenarse de panceta, chosco o lo que estuviera disponible en ese momento en la casa. El horno se sitúa junto al acceso rodado a la vivienda, conserva aún su campana en piedra, su quemador y su puerta metálica. La sensación del observador al mirarlo es la de que tan solo se ha detenido el tiempo; puedes imaginarte fácilmente como obraban en ese lugar, apuntaría a que, si lo mío fuera la cocina, los mejores manjares podrían seguir elaborándose ahí.

Elena Bravo Delgado



escritordaniel.es



Artesiano

Sebastián De franchesco

Yo que vos
 soy un pozo que se mueve
 un atajo de tarde a la altura del pecho
 desorientado
 con su puesta en eco de la noche
 donde malversan los fondos, alunados
 caídos en la tentación
 en los rumores de piedra, circundantes
 solo un pozo que se mueve
 que va de tuyo en carne propia, ahondando
 sus uñas de trampa
 de arrojado de sombra un día de estos
 tan vacío
 yo que vos, yo que nada.



Cuento Castrato

Un castrato había sido asesinado después de la última función de las 11 y Mina, la bella bailarina del ballet ruso, encontró su cadáver en el callejón cuando ya estaba totalmente inerte y un hilillo de sangre le salía de la boca, manchándole la hermosa camisa blanca que usaba en el escenario.

La policía sospechaba de Unior, un vagabundo que vivía en esos lares, y era propenso a la violencia, pero éste pudo encontrar una coartada: Había cenado con un pendenciero a la vista del alcalde, que no le había quitado el ojo de encima por encontrarlo fuera de lugar en ese restaurante exclusivo, y aunque eso incomodara al político, protegió la reputación del acusado y no fue turnado con la etiqueta de culpable que solían endilgarle.

El asesino, cobijado por el anonimato, parecía sumarse a las sombras, aunque a plena vista del día, sus ojos revelarán extrañas iridiscencias. ¿Quién era el asesino de las sombras? Solo un escritor desde su buhardilla sabía la respuesta, y se cobijaba en el silencio, y escribiendo sobre el homicida. Mejor en las sombras que muerto.

Jesús Quintanilla Osorio

En la estación

Bajo la luz titilante de aquella lámpara olvidada en el rincón oscuro del baño, se tejieron historias efímeras que, a pesar del tiempo, aún laten en mi memoria. Mis labios, pintados con carmín y ocultos tras la máscara de un rostro maquillado, susurraron relatos de encuentros clandestinos en una época donde las sombras eran cómplices de los secretos más íntimos.

Cada suspiro, cada caricia, era un intercambio en la penumbra, donde los billetes danzaban entre mis dedos con la misma ligereza con la que la brisa acariciaba las noches de aquella estación. Él, un hombre atrapado en los laberintos de una vida convencional, se sumergía en la oscuridad en busca de un respiro prohibido. Y yo, la figura enigmática que podía colmar el vacío oculto que nadie se atrevía a confesar ante las miradas desconfiadas del día.

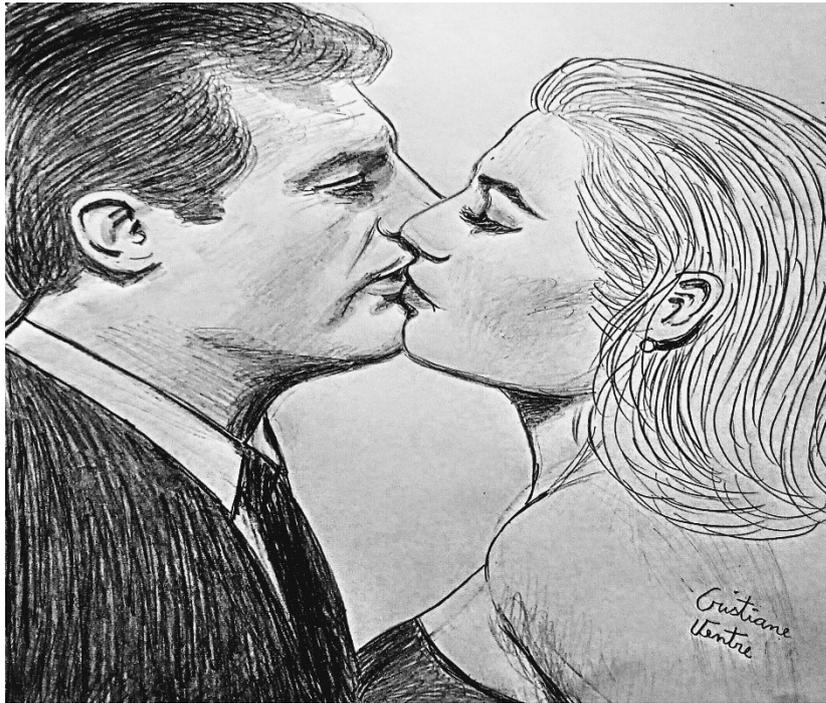
El sonido lejano del tren, un eco distante que acompañaba nuestros encuentros, se convertía en la melodía de una danza secreta. Cada encuentro, marcado por la dualidad de la necesidad y la fugacidad, se desplegaba como un acto teatral donde los protagonistas se enfrentaban a sus propias contradicciones. Mis palabras, narrando historias a medias, eran un reflejo de la lucha diaria contra etiquetas y prejuicios que se entretrejían con la nostalgia de aquellos años llenos de misterio y deseo contenido.

Al final, cuando la luz del día amenazaba con desvelar los secretos ocultos en las sombras, cada uno retomaba su camino. Yo, deslizándome como una sombra entre los recovecos de la estación, guardando en la memoria las transacciones efímeras y los encuentros marcados por la necesidad de ganarme la vida a orillas de una hipócrita selva urbana. Él, quedándose atrás con el eco de nuestras risas apagadas resonando en su conciencia.

Ahora, en el crepúsculo de mis días, aquellos encuentros se convierten en instantes suspendidos en el tiempo, como fotografías amarillentas de una época que se desvaneció en la penumbra de la memoria. Las luces de aquella estación, testigos silentes de mis relatos, guardan en sus rincones las historias fugaces de encuentros marcados por el deseo y la complejidad de los caminos prohibidos.

Fernando Bustos Odzomek

EL RINCÓN DE CRISTIANE



EL REENCUENTRO ELOY CALVO

Hoy también ha salido en su busca, pero a diferencia del resto de días, semanas, meses y años que lo lleva haciendo algo le dice que, esta mañana, por fin lo encontrará. Y es precisamente ese presentimiento lo que hace que, en esta ocasión, no desespere cuantas veces cree divisarle entre la multitud de seres que se desplazan de un lado a otro en un ir y venir que puede llegar a marear.

Sí, hoy también ha salido en su busca, pero a diferencia del resto de días, semanas, meses y años que lo lleva haciendo las aglomeraciones que encuentra en las calles son distintas, pues nada tienen que ver con esas otras a las que, por fuerza, a causa de la rutina, lleva tanto tiempo acostumbrada. De pronto, una de ellas llama poderosamente su atención. ¿Esa cola? ¡Qué rara! No es como las demás. Es una fila doble, una especie de cadena en la que cada eslabón está constituido por dos individuos. No puede precisar qué es ni a dónde conduce, pero todo indica que los que la forman no lo hacen para entrar al cine o al teatro, tampoco para comprar lotería o acceder a una hamburguesería y entonces, antes de llegar a ella, el corazón a punto está de salirse de la caja torácica. El único hombre que rompe la uniformidad de la doble fila, el único que aguarda sin acompañante, el único que parece estar esperando a alguien es él.

Imposible explicar la emoción que siente en ese momento, tras haber encontrado lo que llevaba años buscando y todavía sin recuperarse completamente de la impresión se ve obligada a detenerse y respirar profundamente.

Al retomar la marcha y caminar a su encuentro le asalta la duda. Es inevitable, pero rápidamente se sobrepone. Sí, es él, se repite una y otra vez, aunque a medida que se acerca llama su atención que tenga el mismo aspecto que la última vez que se vieron, como si los años no hubieran pasado por él.

Todavía siente el corazón acelerado, pero no puede esperar más. Por nada del mundo querría perderlo de nuevo y, decidida, corre hacia él. Alberto no tarda en verla y un rictus que Laura interpreta como de sorpresa se apodera de su rostro.

Al llegar a su altura, emocionada, Laura cierra los ojos y recorre con una de sus manos el rostro de Alberto en busca de las mismas sensaciones que obtenía en el pasado cuantas veces realizaba dicho acto. Cuando Laura abre los ojos lo hace acompañada de la mejor de sus sonrisas, esa que él tanto apreciaba. Ahora escruta el rostro de Alberto. Pareciera que este intenta transformar su gesto en una sonrisa, pero no termina de conseguirlo y entonces es Laura quien cambia su semblante y pronuncia las que son sus primeras palabras.

Alberto, pareciera que no te alegraras de verme. Pese a que todo el mundo lo dijera nunca creí que hubieras muerto y durante estos cinco años no he dejado de buscarte un solo día. Me decía que habrías sufrido un accidente o perdido la memoria y andarías por ahí sin saber la manera de volver junto

a mí. Ahora veo que llevaba razón en todo pues, además de no haber muerto, esta cola en la que te encuentras, que no parece conducir a sitio alguno, demuestra que te encontrabas perdido y sin rumbo. Pero eso se ha acabado, Alberto. Volvemos a casa.

La media sonrisa de Alberto, esa que solo ella ha creído ver, ha desaparecido. Laura vuelve a cerrar los ojos y siente que es ahora Alberto quien pasea los dedos por su rostro para acto seguido tenderle la mano e invitarla a que se coloque en la fila junto a él.

¿Qué hacemos en una cola que no conduce a ningún...? Laura no llega a concluir la frase. Sendas miradas a su alrededor le indican que todo ha desaparecido. Los coches, los edificios, el mobiliario urbano, las personas..., todo se ha esfumado. También la cola de la que, hacía solo un instante, formaba parte. Solo quedan Alberto y ella, cogidos de la mano, y, aunque no hay nadie más para explicárselo, no lo necesita. En ese momento, termina de comprender que Alberto ha regresado desde la otra cara de la vida para ayudarla a realizar el tránsito de una a otra orilla.



Lo contemplado

Con el primer llanto vinieron las flores a alumbrar el dolor, el desgarrar... y volverán de nuevo, una vez más, a la piel, a los huesos, a la carne... En el corazón está el agua, la tierra, el fuego, el aire, la sal y el cambio de los metales.

Por los ríos de las venas descienden círculos florales, rojos y blancos, de vida, de muerte.

Cuando la obra es depurar, ese mismo corazón hasta su tránsito: Soy el canto de los pájaros que fluye por mi oído

Soy el aroma de las rosas que fluye por mi nariz

Soy el sabor de las fresas que fluye por mi boca.

¡Mujer!, como el trueno después del relámpago que ilumina la noche, abre las puertas de los contrarios, de la oscuridad a la luz, gira la llave, estoy en la primera rama, en el primer escalón... Lo masculino explora, lo femenino es creador de mundos o planetas.

Soy como una araña que atrapa palabras en su fina tela de esmeralda... Qué misterio tienen las letras, las palabras pintadas de violetas, descubro cada día un libro nuevo de perfumes, de sonidos, de visiones... y lo transformo en rocas y piedras, en pétalos de rosas. ¡Mira!, observa los distintos tonos de los dedos, de las manos y los pies, desde el meñique hasta el pulgar, dibuja la anatomía, el perfil de las semejanzas, entre lo interior y lo exterior, todo tiene su correspondencia, su simetría... Moldea este cuerpo de barro, esta vasija, este cántaro... Ser estrella y luz y día es lo que quiero.

Jorge de
Santaella



Niebla

Acuoso manto intangible;
 húmeda trama que arropa mi universo.
 Niebla que ciega mis pupilas insomnes;
 tamiz que decanta lo verdadero.
 Bruma - cerrazón que opaca mi conciencia;
 matriz de pisadas a tientas;
 singular antesala del desconcierto.
 Vaho - atlante, demente y ciego;
 bebe de un sorbo los ramalazos de viento;
 se atraganta con mi mundo; no lo saborea.
 Vapor que inventa esperanzas y me engaña;
 nada hay después: sólo este vacío,
 fantasmagorías malogradas por el tiempo,
 recuerdos de amores que nunca existieron,
 sueños convertidos en macabro silencio.
 Niebla que teje tupidas aureolas
 en la cima más alta de mis sentimientos.
 Velo que no me deja ver más allá de mis ojos;
 y ya no sé si queda, para mí, algún cielo...

ZULMA MARTÍNEZ



PUEDES

Ni a tu padre ni a tu madre
 ni a los héroes ni a los cobardes:
 No.
 No perteneces a nadie.
 Ni a tu abuela ni a tu hijo
 ni a los pobres ni a los pijos
 No.
 No perteneces a nadie.
 Quieres tener la ilusión
 y así el mundo te pertenece.
 Pero no.
 No perteneces a nadie.
 Ni al cielo ni al infierno
 ni a los duros ni a los tiernos.
 Ni a la tierra ni al aire.
 Así te lo digo.
 No perteneces a nadie.
 Ni a la madrastra ni al padrastro
 ni al agua ni a los astros
 Y ¿sabes por qué?
 Porque puedes encontrarte.
 Eres tú quien tiene la sombra.

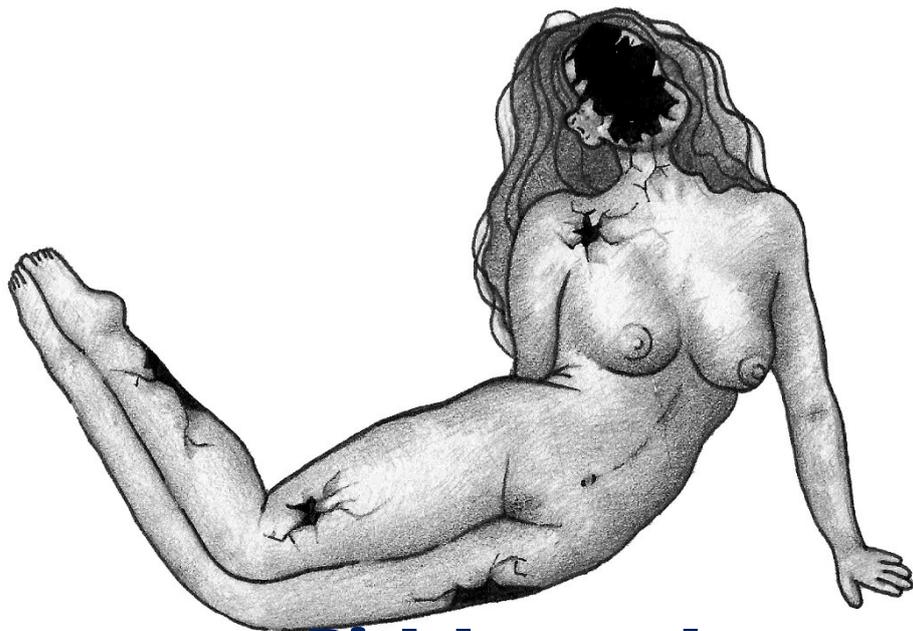
DANIEL COLLADO AZORÍN



**LA GALERÍA
CATHERLNE
ECHEVARRÍA**

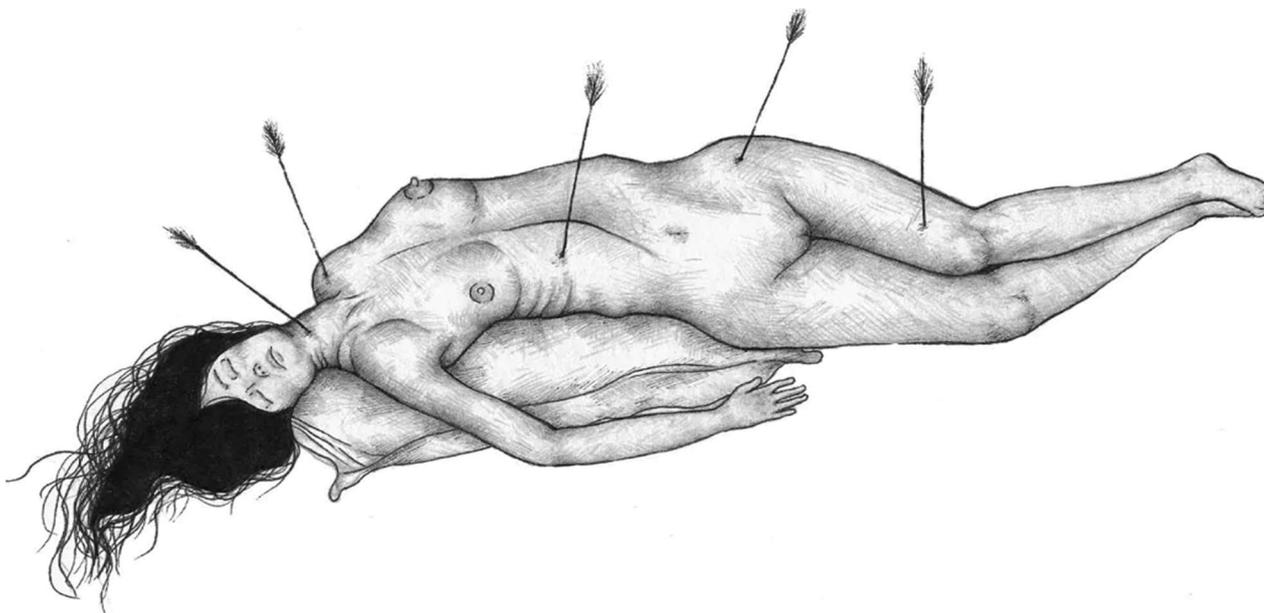


Delirio rojo



Piel de porcelana

Saint Sebastien is a woman



SER

Erika Mendoza

Fueron mis delirios de un amanecer,
fueron mis desventuras de un padecer....

I
El lacónico día
fuera el inicio de la tempestad,
el sujeto se sumerge en la brevedad,
las palabras escritas están,
las miradas turbantes serán...

Si el día florece, la noche dormida está,
solo una vidente
será testigo
de tu crueldad...
Esplendorosa y genuina...
Fría y lacónica...
Se muestra la luna...Ante una desventura.
De la brevedad...

II
Ante tal genuina belleza
El campo revolotea
Entre pequeñas semillas
Que se esparcen al compás del viento
Ante un soplo alarido, volarán...
Ante un deseo anhelado partirán
Sumergido en sus pensamientos divaga

III
Ante tal flamante camino
La pequeña avecilla curiosa
Observa la juventud eterna en sueños
Caminos complejos
Ideales frustrados
Sueños corrompidos
Corazones en suspiros...
Otros reviven ante la pérdida
Otros mueren con el alma perdida
Y el tiempo es pausado ante la rutina
Y el tiempo es breve ante la experiencia vivida...

La pequeña ave observa
caídas constantes en criaturas inocentes
anhelando un sueño real...
Con optimismo reciben la vida...
Con miradas de fidelidad...

Ante un destello la pequeña ave canta
Con alardeados silbidos folclóricos
acompañado de hojas otoñales...

La pequeña ave canta
ante un amanecer...Lleno de clamor,
revive a los vivos, levanta a los muertos
en memorias de una historia por contar
Y aquellas finalizadas al azar...

La pequeña ave canta
al inicio de su vuelo, con un fuerte alarido,
emprende su camino,
ante un horizonte de clamor desconocido.

Al observar la magnificencia del paisaje
El reflejo de la luz es contemplado
Ante la claridad vívida y
cristalina del paisaje en un lago.

Las montañas lloran
y depositan sus lágrimas en breves lagos,
que desbordan de recuerdos,
una historia por contemplar
y vida por aclamar.

Imponentes ante el paisaje...
una historia por contar...
Donde aún los grandes lloran
Ante las miradas perdidas
Donde algunas perseveran...

La pequeña avecilla
reposa en una de las ramas
De un árbol ancestro
Escuchando en murmullos la voz viento...
Susurran las hojas,
Susurran las montañas,
Susurran los sueños de los perdidos en vida,
Susurran los lamentos de los muertos en vida,
Aquella mañana
ante un sonar tocar
una pequeña niña
observa a la pequeña avecilla
en su último cantar...
La estación culminó
llevando consigo
Una vida al cual admirar.

LA SEDE

CAMILO SARCE

Hace pocos días falleció mi padre. Y me siento una miserable. Tuve que esperar a que él muriera para aceptarlo.

Sabes, ahora dudo que existan buenas personas. No me dejo engañar ni por la monja Clifford, aunque me es imposible no quererla jajaja.

Yo soy una mala persona, tu eres una mala persona a pesar de tus increíbles logros y de que aún te quiero, pero sobre todo mi padre fue una mala persona.

Y me podrás decir ¿Tú padre? ¿Qué diablos dices? Tú padre fue la persona más digna del mundo. Si no fuera por él no me hubiese entrado a la política, no te hubiese conocido a ti, ni hubiesen existido mis hijos.

Pero sabes Larry, así como tu me engañaste durante tantos años con esa comadrona que tenías en la Iglesia, creo que mi padre nos engañó a nosotros... Creo que mi padre, Larry, a quien todos amábamos tanto no fue una buena persona.

Y que Dios me perdone y nos perdone, es lo único que podemos suplicar. Sé que no entenderás ni validarás las razones que te daré de por qué tu querido suegro fue alguien que no conocí jamás. Y a lo mejor sólo entenderás el por qué a pesar de mis sospechas me nace una inevitablemente compasión por él. "Quienes somos para juzgar a los demás" dicta la fe que me enseñaste. Ésta frase la aprendí a odiar y amar al mismo tiempo.

No es que no seamos nadie para juzgar a los demás, es que no somos capaces de juzgar nada, y eso me abruma con un peso que ni imaginas.

Yo sé que me juzgaste cuando pasaba meses acostada. Creías que mi depresión era un capricho, una pereza. Incluso comprendo que me fueras infiel, y que hicieras lo posible por quedarte con la tutela de los niños.

No sirvo para nada.

No sé por qué no sirvo para nada.

Tampoco sé por qué desde mi niñez traigo en mi mente una ceguera, un sueño, que me quita las energías y que solo me incita a dormir.

Te pido disculpas por haber sido una mujer inepta. Intenté culpar a alguien. Y ahora cada vez que sé más cosas sobre mi padre, sobre mi familia, menos capacidad tengo de culpar a alguien.

Ya no tengo fuerzas para pensar. Solo tengo una intuición que me tuerce la garganta y el pecho. Y creo que es lo único que tengo últimamente, me vibra un dolor en el cuerpo del cual no puedo zafar.

En el caso de que fallezca antes de Enero, te quiero contar las razones que creo me hicieron quien soy ahora, ésta perdedora. Cuando me conociste no tenía ésta tristeza que tengo ahora.

Cuando me conociste yo vislumbraba más o menos el motivo de mis tristezas y las podía controlar. Ahora no sé por qué estoy triste, y me abruma no poder buscar explicaciones o pedirte ayuda para encontrarlas.

Te enamoraste (eso creo) de una adolescente hermosa que amaba su cabello, su perfume natural de piel, y hacer el amor con un chico católico. Sé que te desvirgué y eso me volvía loca... me volvía loca tu ternura sabes y todavía me late el corazón fuerte cuando lo recuerdo.

Tu fuiste ignorado por tu familia de bajo nivel intelectual. Te sacabas las mejores calificaciones en la escuela y en la universidad blablabla... esa historia de nerds. En cambio yo tenía (sin darme cuenta según tú) un padre maravilloso y un hermano estupendo. Recuerdo cuando me dijiste: Dios me condujo a ti para conocer a tu padre. Me irritó tanto cuando te escuché que quise golpearlo. ¿Acaso estabas enamorado de mi padre? No lo dudo.

Me irritó también cuando lo conociste. Congeniaron de inmediato, y hablaron la noche entera, desplazando al resto de los invitados de la cena, haciéndonos sentir unos idiotas, pues en verdad lo éramos ante semejantes portentos.

La gente como ustedes les gusta humillar a los demás con su mente llena de ego atornillada en una falsa humildad ¿cierto? A lo mejor ese ego llevó a mi padre a morir con intermitencia. Sé que suena raro y hasta gracioso lo que te acabo de decir, pero es a la verdad a la que he llegado con respecto a él.

Estoy segura que me dirías “perra irresponsable, por qué afirmas eso del señor Clyde”.

Y yo te respondería, de hecho te respondo ahora: porque tengo pruebas idiota, mi propia vida y hechos que por tu cobardía católica no te atreverías a aceptar.

Por eso nunca te hablé del tema. Temía que te asustaras y que se arruinara todo. Me era imposible sacarte de tu patético espejismo.

Mi historia con mi padre comenzó a los 7 o 9 años. Fue la época en que se encerraba con mi madre a hacer el amor por las tardes, cuando yo llegaba de la escuela. A esa edad por supuesto no sabía de qué se trataban esos sonidos en su habitación, por eso me atreví a preguntar:

-¿Es un juego?

-¿Qué cariño?

-¿Es un juego el que tienen tú y mamá en la habitación?

-Ehhh sí... oye cuando llegues de la escuela sube inmediatamente a tu cuarto. Esos juegos no te incumben.

A mi no me importaban los juegos de mamá y papá. Los evadía perfectamente escuchando mi programa favorito de las 6pm en la TV. Lo que a mí me impacientaba, hasta me dolía, eran los prolongados silencios, que en ocasiones duraron hasta la madrugada, y eso lo recuerdo perfectamente, porque mi hermano menor, Rubén, lloraba sin cesar y yo no sabía cómo prepararle una mamadera para aplacar su hambre.

Pero yo, la timorata, me atreví a preguntarles por sus gritos pero no por sus silencios.

Y sus silencios me asustaban más, porque no oía a mi madre. Es más, yo no sentía a mi madre. Es una certeza que se tiene, como cuando alguien importante muere a pesar de su distancia. Es la sensación que tengo ahora por el “luto” a mi padre, por ejemplo.

O cuando se nos murió el gato atropellado por el auto de la vecina.

O cuando falleció tu querida tía del campo. Ya me entiendes. Mi padre en esa época todavía no entraba en política. Sin embargo fue el tiempo en que comenzó a ir a “esas reuniones”. Aunque fuera niña, me daba cuenta de los problemas económicos, del trabajo mediocre de él, y del agobio que a mi madre le provocaba criar a un segundo bebé.

El “Señor Clyde” ganaba poco, llegaba temprano a casa, se follaba a mi madre (para descargar la frustración quizás) pero de pronto dejó de llegar temprano, de jugar conmigo a las cartas, porque se quedaba esas largas horas de silencio incomprensible encerrado en su pieza o en el ático. Nos exigía no molestarlo. Una fuerza nos lo impedía, lo sé, aunque pensara en hacerle una broma no me atrevía. Los Viernes no llegaba. Le preguntaba a mi madre porqué su marido no volvía a cenar, y me respondía: está en su reunión semanal.

Esas noches me iba a dormir con ella. Problema grande: yo no podía cerrar los ojos, pues sentía que me quedaba cuidándola de no sé qué. Su cuerpo a mi lado parecía una cordillera oscura, y que desde sus cumbres se asomaría pronto un espectro, eso imaginaba. Pero lo más curioso no eran mis alucinaciones, sino lo que las impulsaba: ya en esos años tenía la certeza de que mi madre se estaba muriendo. Algo desconocido se la llevaba.

Una fuerza me apretaba el corazón. Y en esa fuerza aparecía mi padre.

O dicho de un modo más honesto: esa fuerza era mi padre.

No me preguntes por qué. Pero fue una certidumbre.

Y lo relacioné de inmediato en mi alma de niña con sus reuniones y sus insoportables “meditaciones” del carajo.

Me rondó en la mente casi cómo una enfermedad saber lo que hacía en sus reuniones. Me aterraba solo pensar en espiar sus momentos de “introspección”.

Pero a veces dios escucha nuestro corazón aunque no recemos. Y aquel día fue uno de esos.

Sonaba mucho el teléfono en la sala de estar. A mi madre somnolienta no le quedó de otra que levantarse a contestar. Yo le escuché los suspiros de preocupación desde la cama, pues me quedé esa noche con ella.

- “Tu tía Marion está dando a luz y me necesita. Voy al hospital ahora mismo”.

Se vistió, y me pidió que cuidara a mi hermano.

Esa vez se me pasó la hora. La cama para mí sola me relajó. Avergonzada no hallaba dónde esconderme cuando escuché a mi padre aparcar el auto. Él venía de mal humor porque le gritó al perro. Vi la hora y eran las 12 del día. Yo recogí mi ropa, y no alcancé a salir de la habitación. Me escondí en el armario de

mamá.

Mi padre se sentó en el sillón reclinable al lado de la cama. Se quedó un tiempo en silencio, mirando la calle por la ventana. Me preocupó porque no movía ningún músculo, era una estatua. Luego se estiró para recoger del escritorio un puro cubano, le encantaban esas cosas. Y se lo fumó con una lentitud insoportable. Yo deseaba ir al baño, y al mismo tiempo me dio mucha sed.

Me aterraba salir del armario. Había pasado casi una hora, ya no podría justificarme.

Creo que me dejé caer, y me dormí entre unas cajas con los abrigos de mi madre rozándome la cabeza. Esa habitación siempre me produjo mucho sueño. Dormir ahí era perder la vida... era realmente como estar muerto.

Desperté de nuevo por las ganas de ir al baño. Me asomé y mi padre continuaba sentado. Ya no aguanté más y salí, si me decía algo no me quedaba otra que enfrentarlo. De espaldas a mí lo fui rodeando, porque me parecía extraño su comportamiento. Descubro que mueve la boca despacio y dice algo, una oración muy despacio; tenía una expresión de tetrapléjico que me aterró, pasé casi por delante de él y no me vio... se hallaba sumido en algo incomprensible, paralizado por no sé qué.

Fui al baño. No salí de allí. Me dio un ataque de vómito después que lo vi así. Además un dolor de cabeza nauseabundo no me dejaba pensar. Luego me dio diarrea, el dolor se convirtió en una fiebre por todo el cuerpo; pero lo más desenfrenado no fue eso, sino el llanto que me vino después. No podía pararlo. Era una pena que me desbordaba.

...

Naím, mi primo, nació hermoso. La tía Judit vivía cerca de nosotros a unas cuadras. Me las arreglé para pasar el mayor tiempo posible con el bebé. Sentía una extraordinaria calma con él. Fue una de esas tardes cuando llamaron a mi tía Judit los policías, y le dijeron sin preámbulos que su hermana estaba a punto de fallecer.

Como pudimos llevamos a mi primo en el autobús hasta el hospital, pues mi tía no tenía vehículo. Ella sollozaba y de vez en cuando decía: Fue sólo un accidente, nada va a pasar, fue solo un accidente. Por lo poco que nos habían contado, mi

madre fue atropellada por un transporte escolar afuera de la escuela donde hacía clases.

Fue su última noche allí en el hospital. Dejó éste mundo a las dos de la mañana de aquel Martes de 1996.

Aunque aún no lo crea, yo morí con ella esa noche. Y yo sé quien es el culpable, mi alma lo grita.

Tardé en llorar. Mi tía la lloró desde antes, en la casa y el recorrido en bus. Mi hermano sólo estaba asustado, el pobre tenía a penas 10 años. El resto de mis tíos lloraron en el velorio, muy despacio, quizás recordando aquella infancia que tuvieron en el campo. Yo lo hice casi un mes después, pero mi padre no lloró jamás.

Quedó más paralizado que antes, víctima de una somnolencia irritante.

De a poco, mientras terminaba la secundaria y luego de la universidad me fui alejando de la casa. Mi padre contrató a una niñera, la señora Magaly. Excelente mujer, terminó de criar a mi hermano. Y yo, la idiota, me dediqué a dormir. Ni las drogas eran tan poderosas como ese narcótico.

Los primeros años llegaba de la escuela a acostarme en la cama de mi madre, que había quedado para mí, pues él se mudó de habitación, llevó todas sus cosas al segundo piso, y allí era libre de encerrarse.

En esa cama se me iban las ganas de vivir. La energía era drenada como en un desagüe, y yo podía descansar de mis malos pensamientos. Antes yo tenía muchas pesadillas y sueños diversos por las noches. Pero en esa habitación jamás soñé... Sólo una imagen difusa se me aparecía de repente, quizás un resplandor, que yo no sabía si era la luz del sol entrando en el cuarto o la presencia de mi madre. Pero nada era capaz de quitarme el sueño. La brisa corría por la ventana abierta, y no temía que me miraran los vecinos, esa calle siempre estuvo desierta.

Hubo un largo periodo en que prácticamente abandoné el hogar. Fue casi una década. Coincidió con el crecimiento de mi primo Naim, y el de mi hermano Michell. Pero en éste caso yo abandoné a mi hermano. Y es el único dolor que me seguirá de por vida, incluso más que el de perder a mi madre.

Yo existía realmente en la casa de la tía Judit, es decir, tenía emociones, no andaba con sueño todo el maldito día, ayudaba a cuidar a Naím, preparaba la cena, veía películas.

La tía Judit tenía a sus otros hijos fuera del estado, uno en el ejército y otro estudiaba becado en una universidad del sur. Yo le hacía compañía a la pobre mujer mientras no se encontrara el marido que era un infeliz apestoso, se pasaba largas temporadas ausente porque era camionero. (Y agredía a mi tía, pero ese es un detalle).

Durante esa época mi hermano quedó solo en casa con la niñera. Y fue cuando mi padre lo dominó, sé que lo hizo.

Mi hermano se volvió más introspectivo aún. Sin embargo comenzó a tener excelentes calificaciones en la escuela. A veces yo iba a las premiaciones por su desempeño en olimpiadas de matemáticas e historia. Él y mi padre crearon un vínculo diferente. Se hablaban con miradas y señas, como si trabajaran juntos en un taller mecánico; eso me enfurecía, no soportaba que cuando estaba con ellos fueran así. Mi padre cambió a mi hermano.

Yo pasé parte de la secundaria y de la universidad en casa de mi tía. Ya tenía un cuarto allí para mis largas estadías. Yo fui la culpable de que mi hermano se alejara de mí.

Los últimos dos años de universidad, Thom, mi primo militar regresó de Irak. Fue una preocupación tremenda para mi tía el periodo que él permaneció en el frente y yo la acompañé. Pero la habitación se la tuve que devolver, y yo regresé a dormir a mi casa. Y no sé si me percaté de lo que me ocurrió, entré en una situación angustiante, en una depresión inconsciente cuando volví. Fue tan así que comencé a fumar marihuana y a probar otros tipos de droga con los amigos de la facultad.

Y volví también a quedarme como muerta en la cama de mi madre. Perdí un año en la universidad. Fue cuando te conocí en las tutorías de derecho penal. Me salvaste Larry, no me salvó Jesús, me salvaste tú, yo me enamoré de ti de inmediato. Y sé que fue uno de los momentos más importantes para ti, pues te encontraste con mi padre.

Mi hermano adolescente ya se interesaba en política. Asistía a un grupo de Juventudes Republicanas, participaba del club de debate en la escuela... era superior a mí por supuesto.

Tu aún no entrabas en política, la verdad no recuerdo.

Las únicas imágenes que tengo de aquellos frenéticos meses contigo, son en tu auto cuando íbamos de fiesta, cuando

hacíamos el amor y cuando nos fuimos a vivir juntos a un departamento antes de graduarnos.

Un pecado mortal para tu familia. Me encantaba hacerlos sufrir.

Después nos casamos, y nunca te mostré la explosión de gratitud que tenía por ti cuando me liberaste por fin de mi padre.

Pero debí liberar a mi hermano primero.

¿Recuerdas las reuniones de mi padre? ¿Esas a las que iba cuando vivía con nosotros? ¿Nunca sospechaste de ellas? Cuando murió mi madre, me obsesioné con eso. Cada vez que le preguntaba al señor qué iba a hacer los Viernes que llegaba tan tarde, ni siquiera me contestaba.

Lo seguí muchas veces. Pero jamás di con la dirección del lugar de las reuniones. Supuse que eran donde un amigo, o que tenía una amante, hasta una familia aparte, mil cosas me apretaban la mente.

Sabes, un poco antes que nos separáramos fui a visitar a la señora Magaly, la niñera de mi hermano. Estaba muy enferma. Averigué dónde vivía y aparecí en su casa. Ella tomaba té arropada en una silla de ruedas en la terraza. Me senté a su lado y conversamos hasta el anochecer. Le pregunté todo sobre mi hermano. Y finalmente ella se acordó de algo que se le había pasado por alto.

-Los Viernes, incluso los Lunes, ambos salían, tu hermano y tu padre. El señor se lo llevaba en la tarde. Yo le pregunté una vez de curiosa en qué consistían esas salidas, para las cuales se vestía bien. Solo me respondía "cosas de mi papá".

-¿Desde cuándo comenzó a llevárselo a las reuniones?-le pregunté.

-No sé... yo creo que cuando terminó la secundaria, cuando cumplió la mayoría de edad.

En esa ocasión me retiré de la casa de la señora Magaly oprimida por un frío que no provenía de la noche.

Y el frío me acompañaba cada vez que recordaba la confesión de Magaly, y no sabía por qué.

No me acompañaste a visitar a mi hermano cuando cayó enfermo al hospital. Recuerdo que te dieron ese trabajo importante en la fundación y apenas tenías tiempo para respirar. Yo estaba embarazada de Reynald, por lo tanto me di el lujo de no trabajar.

Dos veces a la semana me dejaban entrar a ver a mi hermano al hospital psiquiátrico. Él estaba en segundo año de su carrera. Aprovechaba su compañía una hora y media, en la cual hablábamos entre largas pausas, pues él casi siempre andaba dopado.

Nunca asistí con mi papá a visitarlo por supuesto. Sentía que ambos me ocultaban algo. Y ese algo era la causa de esa enfermedad mental. "Un episodio esquizoide intenso" me explicó la enfermera. Yo no tenía acceso al diagnóstico oficial, solo mi padre. Cuando lo llamé para preguntárselo, me respondió "A ti eso no te incumbe, hace tiempo abandonaste la casa".

Mi hermano logró graduarse. Consiguió trabajo muy rápido en un ministerio y comenzó a crecer en su carrera política. No me di cuenta cuando ya salía en las noticias.

En el 2001 mi padre, por sus problemas de salud, se vino a vivir con nosotros. Y eso para ti fue el regalo de bodas que nunca recibiste, la dote jajaja. Mi padre envejeció muy rápido.

Fue un alivio en casa, pues sé que querías deshacerte de mí por mis continuas depresiones y porque no quería trabajar. Pasar el día entero echada en un sillón viendo televisión y engordando, mientras los niños jugueteaban a mi alrededor, era una maldición y no una familia, lo sé por la cara que ponías al llegar del trabajo.

Pero ahora cuando llegabas encontrabas a mi padre y platicabas con él hasta la madrugada. Lo llevabas a pescar los fines de semana con los niños, al cine, a los museos. Ustedes educaron a mis hijos mientras yo dormía en casa.

Que pedazo de mierda fui como madre cierto.

Incluso lo llevabas a misa los Domingos. Mi padre sabía más de cristianismo que todos esos curas mediocres que me presentaste, y que jamás me ayudaron a resolver ningún problema espiritual. Lo único de valor que conseguí ahí, fue conocer a la monja Cliffort... qué hermosura de mujer, tierna, comprensiva y sabia. Y no te lo había dicho pero sigue siendo mi única amiga. Y no pienso tener más.

Pensarás que lo que te diré a continuación comprueba que tengo la cabeza hecha mierda, y es verdad. Pero es lo que siento en lo más profundo de mi corazón, y si alguien grita allí es tu Dios, por lo tanto sé que no es un autoengaño al que me someto por miedo. Nuestra hija Sussan nació así por culpa de

mi padre. Y por culpa mía al querer meterme en sus asuntos. Te lo explicaré en detalle antes de que me interpongas una denuncia por la tuición de Sussan.

Durante aquel Verano en que mi padre fue operado de la vista, yo lo llevé a todos lados. Me convertí en su lazarillo. Y uno de esos lugares era donde practicaba sus reuniones. Las primeras veces que lo fui a dejar logré memorizar el sitio.

Era una especie de oficina postal o escuela primaria remodelada, de una planta, pintada de naranja con techo verde. En el patio delantero aún no figuraba el símbolo que después me permitiría tener alguna pista del "culto o fraternidad" que allí funcionaba.

Tomé fotos incluso pero jamás las revelé. Busqué en la guía telefónica, y figuraba como un extemplo metodista. Pero aspecto de metodista no tenía, seguramente lo compraron y nunca cambiaron los registros.

El día que ingresé sin invitación al lugar estaba muy soleado, y me fijé que mi padre antes de entrar a la "sede" se saludó con algunos hombres de distintas edades que se encontró afuera en el estacionamiento.

Luego entraron juntos y cerraron la puerta. Fue la primera vez que vi gente aparte de mi padre.

Así que te puedo asegurar que habían más de diez personas adentro de aquel recinto cuando entré.

Esperé unos cuarenta minutos pues luché entre ir y no ir. Una intuición fuerte me imploraba que no, pero la necesidad de mi mente por saber me venció, y no sé cómo salí del auto y me aventé al lugar. Busqué alguna entrada, igual que una loca, hasta que la encontré camuflada detrás de los basureros.

Se notaba que los miembros del club minutos antes habían limpiado el lugar o algo así, noté bolsas de basura reciente entre otros desperdicios. Una puertecita angosta pintada del mismo color de la muralla no se hallaba cerrada. Quien la abrió no la empujó por completo. Arrastré la puerta, metió ruido, me asustó tanto que no hice otra cosa que ingresar rápido al lugar.

El único sonido que escuché todo el rato fue el de un riachuelo que circundaba el lugar. Lo seguí esquivando el agua. Caminé varias veces en círculo en un pasillo estrecho donde no hallé

acceso al interior del edificio. Pero di con una reja que protegía un pasillo.

El pasillo era muy similar a los que hay en las escuelas. A mi alrededor habitaciones cerradas, escobas e implementos de limpieza afirmados en los muros, y una red de más pasillos impecables.

Se me empezó a quitar el miedo porque me pasé abriendo las puertas, hallando salones vacíos con sillas amontonadas.

Llegué a una puerta grande a la cual no le tomé atención al principio porque pasaba desapercibida al costado de unas salas.

Golpeé por instinto, quería incomodar, si me encontraba con los sujetos del estacionamiento les diría que necesitaba con urgencia a mi padre. Pero al golpear escuché un eco del otro lado típico de los galpones vacíos.

Abrí la puerta y me encontré con un salón anaranjado, con asientos por todo el contorno hexagonal, similar a como se distribuyen en las universidades o en las capillas redondas.

Lo que más me impresionó fue el silencio y la hermosa iluminación natural que ingresaba de una ventana enrejada en la parte alta de la muralla... y el sol se intensificó a esas horas, parecía oro derretido esparcido en la superficie.

Sin embargo el sol no llegaba al centro. Allí se cernía una sombra producida por los asientos.

Escuché el sonido de unos besos. Fue tan claro que me asquéé por cómo sonaban.

Bajé unos peldaños, y en la sombra aquella se besaban unos adolescentes; lo supe por sus cuerpos finos y desnudos de espaldas a mí. La chica de la pareja tenía el cabello recogido. El chico se subía una máscara para besarla.

Ambos me percataron pero solo el chico volteó por completo. Yo me fijé en la niña, porque lo era, de aproximadamente 15 años. Ella volteó por unos segundos el rostro, me miró de reojo, y quedé pegada en su semblante porque me pareció tremendamente familiar, y me quedé impactada. Luego volteó el chico totalmente. Su máscara era horrible, más bien repugnante. Creo que tenía pegadas trozos de pieles de animales diferentes, y un aura en la coronilla que asimilaba unos rayos.

El tipo mantuvo silencio. Y el observarlo me produjo una repulsión sobrenatural que no me explico. Acercó la mano a

su zona genital, y su falo era enorme, como el de un animal. Lo frotó un poco y sentí que se burlaba de mi, de un modo total. Esta sensación tampoco sé cómo explicarla.

Si con algo puedo comparar la experiencia, es con las parálisis de sueño. De hecho no lo pude seguir mirando de frente, y aturdida me retiré, desplomándome justo en la entrada. Tardé un poco en levantarme. Muerta de vergüenza huí del lugar. Y a pesar del ruido que metí no se presentaron ante mí los sujetos que entraron con papá.

Cuando llegué al auto creo que quedé inmóvil casi dos horas. En mi mente se repetía el sonido del agua, de hecho mi mente se tornó un remolino de agua que no podía controlar, y en el centro una angustia impulsada por la imagen de esa niña.

Permanecí así sosteniendo el volante de la camioneta sin partir, intentando recuperarme. Atardecía. Me fui a un centro comercial cerca. Comí, bebí, hablé con cuanta mujer me encontré en la tienda de ropa para calmarme. Sentí que de verdad me volvía loca, y que en cualquier momento estallaría en una crisis de pánico. Disimulé, me contuve. De hecho fui después a ver si conseguía hablar con uno de tus amigos curas, como era de esperarse no estaban en la capilla. Después me metí a un bar y bebí hasta por fin embriagarme. Fue la noche que llegué de madrugada. Fue la noche que te revelé estaba embarazada de Sussan... lo había ocultado muy bien.

Y fue la única noche en que no me perdonaste.

Pero lo más indignante es que no te enfureciste por mi embarazo, sino porque dejé plantado a mi padre.

"¡Eres una idiota inconsciente, cómo se te puede ocurrir no recoger a tu padre, se calló en la acera buscando tu auto, llegó caminando y de noche, no te das cuenta que está enfermo y que apenas ve!" me gritaste en la cara. Si no hubiese estado el viejo presente arrinconado en una silla, yo creo me golpeas. "No te preocupes Larry no pasó nada" se dignó a decir tu suegro.

Y tu continuabas golpeándome eso sí con las palabras.

Aunque nos reconciamos después no fui capaz de hablarte de lo que fui testigo... esos dos niños en la "Sede".

Lo intenté muchas veces en la cama, pero un miedo y una vergüenza absurda me sobrepasaban.

Además no tenía pruebas. Y tú no confías en tu esposa. Por lo tanto pasé por alto el turbio episodio. Mi embarazo requería mis cuidados, no me permitiría desordenes emocionales y peleas, pues quise demandar a la institución o lo que fuera ese recinto de mierda. Desistí por cansancio. Fue uno de mis tantos errores.

Sé que te acuerdas perfecto de la extraña reacción de Rosalita, la niña latina hija de aquella señora simpática que encontrábamos orando antes de misa. Tu cara de espanto en esa ocasión me causó gracia y compasión, no puedo evitar sonreír todavía.

Lo que vivimos fue un aviso de Dios, y ambos, tú el cobarde y yo la idiota, no le hicimos caso. Aquel Miércoles de Ceniza, tenías ganas de ir a la ceremonia y me rogaste te acompañara después del trabajo a pesar de mis migrañas. Era mi cuarto mes de embarazo. Llegamos temprano y la señora Analú, así creo que se llamaba, ya se hallaba hincada frente a la virgen. Había poca gente en el templo aún. Solo ancianos.

Rosalita se puso inquieta. Y no por su condición de niña con retraso mental... lo hizo cuando nosotros llegamos. Cuando la señora Analú se puso de pie y se acercó a saludarnos, la niña calló al suelo en un ataque de epilepsia... pero tú no notaste a quien miraba, yo sí... y mientras llamabas por celular a alguna ambulancia o a tu amigo médico, Rosalita miró con terror a mi padre, y lo apuntó más de una vez. Dijo algo incomprensible acerca de él. Nuestro hijo Reynald lloraba. Instintivamente me abrazó y puso su mejilla en mi vientre.

No entendí un carajo por supuesto, hasta que nació Sussan. Y ahí encajaron las piezas, en una lógica irracional para ti, obvio.

Cuando "pillé" a mi padre en ese estado asqueroso de trance, mi vida cambió... se arruinó. Algo tuve que haber alterado, o profanado, que ya me empecé a sentir mal para siempre. Fue un castigo, lo sé, fue un castigo. No debí contemplar a mi padre en ese estado... porque sabes, aquel no era mi padre... no sentí el alma de mi padre en ese momento.

Y cuando vi a mi hermano en el hospital, él estaba perdido dentro de sí mismo. Igual que el viejo. No tengo inteligencia ni conocimiento para explicar qué rayos pasaba. Pero sentí que no era bueno. Y a la semana murió mi madre. Algo me dice que su fallecimiento fue una parte del castigo por mi intromisión.

Cuando nació Sussan con su apoplejía, me negué a pensar que ella recibió ahora el castigo por meterme a ese lugar a espiar a mi padre. Pero te diré algo peor, y espero me creas por favor, hazlo por los niños... Luego que murió mi padre, quedé con terribles dudas sobre distintas cosas que no te confesaré. La mayor de ellas era esa niña que vi en el galpón.

Me producía una tristeza enorme recordarla. La conocía...no sabía de adónde.

Me confesé no sé cuantas veces en la capilla, los sacerdotes no sabían qué decirme, y la hermana Cliffort lo único que lograba hacer era calmarme invitándome una tasa de té o a cenar con el resto de la comunidad y así pasar un momento tranquila, en compañía de gente sana.

Pero no me servía lo que estaba haciendo. La angustia se me agolpaba en la mente... fue esa época en la que no conseguía dormir y tú me reclamabas que escuchaba música hasta el amanecer.

Por lo tanto cometí un pecado: ya que Dios no me daba respuestas (o tal vez sí, y yo la bruta no acertaba) decidí visitar a una tarotista. Me aseguré que no fuera una charlatana, investigué antes, y cuando la conocí me generó mucha confianza. Es una chica de bajo perfil que atiende aún en el centro de la ciudad en su apartamento. Me hizo pasar a una habitación sencilla, sin adornos estrafalarios ni nada de eso que se ve en películas. Me preguntó primero qué necesitaba, cual era el verdadero motivo de la consulta, y yo tiritando no supe qué responder.

"No importa, me dijo compasivamente. Tiró las cartas y me indicó que debía voltear las que quisiera". Fue lo que hice. Para ese minuto ya quería escapar.

- "Lo que te ocurre no es tu culpa... tienes que saberlo. Deja de culparte por favor. Aquí hay algo muy grande que no tiene nada que ver contigo. Es tu padre el que inició esto, por ignorancia, pero incluso él ya no tiene la culpa... pobrecito... él no está completamente aquí, en éste plano, qué extraño".- la mujer siguió viendo las cartas. Su rostro se comenzó a descomponer en una mezcla de comprensión y repugnancia.

- ¿Qué le hizo él a mi madre? Por favor dígamelo, siento que no fue normal su muerte ni ninguna de las cosas que me han estado ocurriendo.

-No me sale demasiado claro en las cartas... su padre hizo algo... él entregó a su madre... hizo una especie de pacto... es algo muy oscuro...

La tarotista se llevó la mano a la boca como queriendo vomitar mientras veía las cartas. Uno de sus ojos se lagrimó, y súbitamente se levantó de la silla y desapareció por un pasillo.

Me dejó en shock. Creo que entró al baño. La llamé. No me contestó. Le grité que necesitaba pagarle la consulta. Y solo hubo silencio.

No aguanté más, le dejé treinta dólares en la mesa, y arranqué del apartamento.

Te estoy escribiendo ésta carta (que ya se me fue de las manos) el día del aniversario de la muerte de mi madre. Hoy me desperté temprano y fui con mi tía al cementerio. Permanecimos más tiempo del normal sobre su tumba. Incluso me acosté al lado y disfruté cuando se ocultó el sol y me dio la sombra. La vida me preparó esa calma, para recibir una verdad definitiva, que no se me permitirá, creo yo, conocer totalmente.

Retornamos muy calladas mi tía y yo del cementerio. Preparamos la cena escuchando las noticias.

Mostraban las encuestas presidenciales y el candidato republicano rankeaba en las principales encuestas. Esa noche sería el debate entre los candidatos. Yo tuve nervios y miedo, pues mi hermano es miembro activo de la campaña, y tú también. Sé que si gana el republicano mi hermano accederá a un cargo político importante. Eso me llena de orgullo pero al mismo tiempo me aterra.

Nos sentamos a la mesa. La tía hace días andaba nostálgica, y encontró la oportunidad perfecta para mostrarme algo que había encontrado entre las chucherías de su cocina.

-Mira, este es un libro de recetas antiguo, fue de mi abuela. No sé cuantos años estuvo escondido detrás de unas lozas de porcelana que nos heredó. Yo lo había olvidado. Adivina lo que encontré...

-¿Qué encontraste?- le pregunté.

-Miralo por ti misma- me respondió sonriendo.

Quebré de inmediato sus expectativas de hacerme feliz. Cuando abrí el cuaderno me encontré con una foto familiar

deteriorada. En ella se ve claramente a unas muchachas en un jardín.

-¿No la reconoces?

-¿A quien?

La tía Judit con paciencia apuntó a una chica sentada en el árbol.

-Ella es tu madre... era la más hermosa de nosotras.

Me descompuse. Observe una y otra vez la foto... y no lo podía creer, ni aceptar: aquella niña en el árbol era la misma persona que vi en el galpón, atemorizada en la sombra, mi madre.

Evité llorar, ponerme histérica. Ni siquiera fui capaz de ofrecer una excusa. Me levanté, tomé mi abrigo, besé a mi tía en la frente, y me largué en el auto.

Es lo que suelo hacer siempre, lo sabes, escapar y esconderme. Esa vez, aturdida, manejé y manejé por la ciudad, me embriagué con las luces, con las cientos de vueltas que dí por los mismos lugares. Exhausta, por la mañana, no alcancé a arrojarme a la cama, y me quedé tendida en el sillón.

Para poder quedarme dormida, mantuve el televisor encendido... escuchando los comentarios sobre el debate y basura política, qué sé yo.

No podemos escapar para siempre Larry. Pues de aquello que escapamos es lo que más nos importa.

Por eso nunca podré escapar de ti, ni de mi padre, ni de mi hermano. Menos de mi madre y mis hijos.

Podrás afirmar que lo que soñé a continuación es producto de los noticieros que me quedé viendo antes de dormir, que afectaron mi inconsciente, incluso yo me inclinaría a pensar eso si no fuera yo... pero sé que no es cierto, y esa certeza nunca te la podré comunicar, no tengo idea cómo.

En el sueño tuve la misma sensación espantosa cuando descubrí a mi padre en la habitación... Ingresaba en un recinto blanco, adornado con alfombras elegantes, era un despacho. Vi sentadas en un círculo enorme a muchas personas, de distintas nacionalidades. Vi a miembros del gobierno actual y del que seguramente viene, vi a curas católicos, a tipos musulmanes y de otras religiones, y en un segmento del círculo, vi a mi padre y a mi hermano. Me pareció gracioso que incluso enemigos demócratas estuviesen sentados cerca de mi padre... Y todos ellos permanecían sumergidos en una

abstracción absoluta, profunda y tensa, lo percibí en el aire. Recitaban despacio una oración, en aquel lugar se hallaban sus cuerpos pero no sus almas. A pesar de eso, supe que confraternizaban en un ámbito al cual no se me permitió acceder.

Agotada, me sostengo en el umbral de una puerta. Me concentro en mi hermano, quien se pone de pie junto a los otros lentamente. La gente empieza a salir del letargo muy embobada, y eso continúa hasta que se despiden de manera extraña. Yo solo me intereso en mi hermano, y lo sigo cuando camina hasta afuera de aquel palacio. Antes de la salida, en un segundo de desatención, un niño se le suma a mi hermano; le agarra la mano, al principio camina contento a su lado y después se apaga. Era Reynald. Volteó para verme, hizo el mismo gesto de mi madre en el templo. Y bajo el resplandor de la periferia, lo perdí de vista, no noté cuando se alejó. Sigo a mi hermano por muchas calles. Toma el autobús. Me siento adelante de él y no sale del aturdimiento, lo noto en sus ojos turbios, extraviados. Le hago gestos con las manos, porque curiosamente no podía hablarle. De pronto me invade una gran felicidad, parece reconocerme, y finalmente sonríe. Quiero seguir regocijándome en su sonrisa libre y preciosa, pero el gato en esa parte del sueño ya se me había subido a los pechos, y se acostó en mi frente. Nunca hizo eso, me pareció rarísimo, porque gracias a que se interpuso en mi respiración desperté.

No he comido el día entero por escribirte. Me he paseado como loca yendo y viniendo a éstas paginas (hasta en eso siempre huyo). Tuve que agarrar valor para soltarte estos últimos párrafos. Guárdalos muy bien en la mente, me han costado. No permitas que Reynald se aleje de ti. Ni Sussan. No aceptes por ningún motivo que mi hermano influya en sus vidas, ni en la tuya. Hazle todo el caso que quieras a los curas de tu parroquia, pero a mi hermano jamás. Yo no me encuentro sana Larry. Los médicos no saben qué me está ocurriendo. Estuve a punto de perder mi trabajo el otro día en la tienda porque me quedo dormida en todas partes. He enflaquecido, si me vieras ahora me usarías como una escoba, jajaja. No quiero presentarme ante ti y los niños con lo horrible que estoy. El choque del otro día en mi auto (del cual seguramente te enteraste) fue intencional. Quise matarme. No me llames para

preguntarme qué me ocurrió, en qué insensatez caí... solo ocurrió. Además no te contestaré porque me da vergüenza. Fue un impulso que nunca experimenté antes y temo que los siga teniendo. En caso de no librarme más de lo que me está sucediendo, no le hables mal de mí a los niños, hice lo que pude. Te amo Larry, tu fuiste el segundo en volverme loca, jajaja, antes fue mi padre, aunque no tenga "las pruebas que tu tanto necesitas". Pero sobre todo amo con una pasión que ni te imaginas a mis hijos, aunque no he sido capaz de demostrarlo.

Con Afecto atte Karen MacMorrow

Camilo Sarce



Alguien borró a mi padre

CHRISTOPHER AMADOR

Oscuro. De fondo un álbum familiar que se deshoja de adjetivos como vuelven los enfermos, o los viejos, a la infancia. Escuchamos de fondo una voz donde obstina:

Podo el jardín de la infancia,
busco a mi padre en la nieve;
cada que escribo retiro canas.
Soy el rastro que organiza
el canto hambriento de los lobos.
Recupero ajeno patio
donde alguna vez la casa.
Vejez, manera más digna
de retomar la infancia.

Túnel de luz donde vemos a alguien gateando hasta acabar, no sin tanteos, titubeos y tropiezos, en el dominio de la vertical: línea de tiempo evolutiva, etapas donde el cuerpo mide vida. Dirigiéndose al público con matizadas, sutiles y muy controladas, regresiones de la edad.

La que estás por llorarme es historia de un niño al que su padre, para jugar a este mundo, le heredó palabras en vez de canicas. Un pequeño como cualquier otro, uno que pudiera (si lo dejaras) tener por unas cuantas páginas o muecas ya tu rostro. Él aprendió que un papá es un librito prestado, un manual para enseñarnos a subir, con la menor cantidad de tropiezos posibles, una escalera muy larga, una que nos lleva a otro adulto que tiene nuestro mismo nombre: hasta los ángeles deben usar las piernas para alcanzar la luz (para cansarla). De algo así se trata esta treta, esta *teatra*. Mi problema fue que papá tuvo que subir su escalera muy aprisa, demasiado pronto. Tan realmente pronto que pudo apenas acompañarme al primer escalón de la mía. Leer, tropezarme,

Actoremas

jugar, aprender y escribir fueron mis formas de subir gateando por esa aventura y puñado de miedos que llamamos Vida. Yo te invito a reencarnar unos poemas conque pude despedirme de Don Nadie. Son la historia de un niño que, al *cree ser*, encontró a su padre en su propia voz, en los muchos libros que le había leído y que él leía. Sí, es correcto lo que estás pensando: mi papá era escri[ac]tor. Y aunque nunca me dio sermones ni me obligó a desgastar cuartillas, mi sangre se calienta tanto que burbujea cuando tomo el lápiz, mi corazón se agita como una boya en el mar abierto mirando el paso de los tiburones. Papá no será borrado mientras tú lo seas, mientras yo les viva.

Rompe con el curso de energía y se conecta con la infancia al recoger unas figuras de juguete, una vaca y un carrito.

Otra vez papá se fue a dormir muy lejos, como a una palabra sin uso un chofer lo tiró entre las piedras. Ya no le habla a mamá, ya no suena el teléfono que alegraba la noche. Alguien borró a mi padre. Quizás fue la vaca que salió a pastar sus ojos verdes al camino, quizá la noche más oscura de este miedo que soy yo cuando mi mano no recuerda la textura de su mano. Mi padre no llegó, no abrió la puerta; al menos no la mía, la de nosotros. Quién sabe qué puerta se abrió para su alma, quién bese su rostro y sus mejillas recogándole las lágrimas. Ésas que mis ojos deletrean cuando lo pienso. ¿A dónde se van los papás cuando Dios les apaga el cigarro en un choque frontal parecido a este beso sin labios para tu cara ausente? ¿A la sed de qué kilómetro de pueblo le ofreciste el canto abierto de tu sangre? ¿Qué secreto te contó el tapiz tupido de alacranes que es la noche? Me consuela saber que al salir del cristal te esperaba un gran cielo estrellado y el cactus que hoy le da sombra a la cruz con tu nombre. ¿Con los ojos cerrados contaste estrellas?

Dejándose de juego se aproxima a una litera de tan alta ya imposible, inalcanzable.

El alma de papá se me aparece en la mirada de mi hermano. No me da nada de miedo, más bien me hace quererlo distinto, con más respeto. Tras la muerte de papá ya no es un niño, algo en él se hizo más duro, mira más lejos. Se quedaron nuestros perros esperando su motor tres punto cero. Ayudaron siquiera con esa esperanza.

Sentado en la cama baja ya conduce un auto.

Seis bolsas de aire. De haber comprado el auto grande que querías aún tendríamos padre. Sin embargo quisiste ir a *Disney*, gastarte todo en mis sonrisas y olvidar por cuatro días que somos pobres. Los domingos las cosquillas y las bromas de papá eran nuestro parque. Llanto que adelgaza la mirada por las tardes, la casa sin papá un parque sin luz eléctrica cada noche, un pan duro para el hambre de los sin dientes. Ayer metí la mano en el buzón de los recibos y encontré su tacto.

Bajado del colchón va a una pizarra donde borra, a libertad de cada actor, una palabra.

Con un pequeño gis puse tu nombre en la pizarra de la escuela. La profe me pidió que lo borrara y lo borré rápidamente con los dedos. Al mirarme hecho un desastre me exigió me los lavara y yo lloré pues te me ibas de las manos, otra vez, sin homenaje. Un día me enseñaron la poesía es otra manera de actuar en el mundo, una más juguetona. Cuando llegué a casa se lo conté al abuelo y sonriendo me dijo que ser adulto es pensar que el poema es la burocracia de la poesía. Como no le entendí fui a decirle a papá pero no me hizo caso, se puso más serio. Papá dejaba diariamente su sonrisa en la oficina. No quiso jugar nunca conmigo a la poesía, no le hacía sentido corretear por el jardín sin sus zapatos la Belleza: saltar contento en un charco sucio, subir a un árbol, bajar sus frutas o en las paredes cazar bisontes con las crayolas de mi hermanita. Para qué habría de buscar a la Belleza si en mamá día, tarde y noche la tenía. Alguien borró a papá, alguien llegó a reemplazar su lugar en las fotos. Soy un árbol sin raíces sostenido por el aire; seguiré la danza del aprendizaje de la vereda. *Oscuro.*

Con una lámpara bajo la cobija.

Papá me enseñó que encender una luz ahuyentaba a los zombis. A veces yo miro esa luz en los ojos de abuela o me da calorcito por dentro si canto imitando la voz de mi padre. A la hora del miedo el dedo de un padre en el botón de la lámpara es igual de poderoso que el de un rey. Aunque cada día se me borra un poco como nieve deshaciéndose, mi frente aún recuerda el beso que me dabas en la noche. Al igual que tus labios los versos que hiciste le pasan calor a mi alma. En ellos te busco. Leerte es jugar a ponerme tu ropa, subir a tus barquitos de papel, hundirme en ellos al llorarte. La mitad del colchón guarda la huella de tu cuerpo, en el descansa todo el peso de tu ausencia. Cómo llenar el espacio que dejas... Aunque duerma en su cama el colchón de mamá es una isla interminable (los zapatos regados al pie de la cama tiburones). Tu nombre es el reino de la nostalgia, nosotros sus pobladores.

Oscuro. De nuevo una voz escolar nos lastima.

Las poesías son los hijos
que van a durar
más,
yo soy tu
escribir,
en mí suenan tus latidos.
Anda pequeño,
no te disfraces,
con las palabras
que usaba tu padre.
Abren recuerdos
mi corazón,
con el apodo
que papi me dio.
No videojuegos
ni una piñata,
yo lo que quiero
es mirarte en mis canas.

Por todos lados voces, desde varias direcciones.

Muchos querrán que vivas
al capricho de su
dictado,
te sentirás de boca en boca;
tal vez querrás no ser mi escrito.
Yo sé muy bien que te dirán
que a la poesía no le queda
tiempo,
que es un oficio de días contados.
Entonces siempre acuérdate
de lo que un día yo viví
escribiendo en ti mis sentimientos.
La escritura es terca, ya verás
como a pesar de los pa[|]sajes de este mundo
buscarán jardines nuevos en tu boca.
Un nombre solo y una metáfora
tomados de la mano, si se enamoran,
serán más que polvo, tendrán un alma,
estarán salvados.
Tu destino está en los labios
del consejo de tu madre,
tu futuro es un lugar en el idioma;
tu dignidad es ser la piel para el dolor de todos.
Otros esperan que al recordarme te vuelvas triste,
que te gobierne la idea incorrecta de estar perdido.
Entonces siempre acuérdate
de lo que un día yo viví abrazado a
ti
como un velero soñando muelles en la tormenta.
Nunca reniegues de tu apellido y de tu talento
porque tu voz es lo más valioso en mi trayectoria:
mi patrimonio.
Nunca digas *papá* sin tener la certeza de ser
medicina y un beso en mi última herida.
Desconfía de la "felicidad" pero vive alegre.
Honra la tradición. Suma palabras
y días memorables al siglo.
Vive en la fe del asombro. Sé dueño al menos
de tu sonrisa.

Saliendo de escena.

Mejora tu escritura que es tu alma
mas no olvides
que en tu voz yo voy cantando,
sé tú mismo sin *borrarme*.
Leña reunida somos suma
en el camino inacabado del lenguaje.

Siendo ya una voz que envuelve en las bocinas el espacio.
No sientas tristeza al llorar.
Recuerda que vivo en tu alma
y tus lágrimas son la manera que tengo
de hacerle una breve caricia a tu cara.
*Cae al oído una lluvia tupida que casi se huele. En el bostezo
de la luz algo más lento se amanece. Orden súbito de pájaros
dan falda al cruel desnudo de una fuente. A chasquidos la
cantera pule un ángulo, insistente.*
De papá sólo quedó el recuerdo
de la fuente que instaló en el
patio.
Sentarme a escuchar el agua de esa fuente
es mi manera de charlar con él.
*A modo de carta. Será un menú de desarrollo psicológico al
actor.*

Padre:
El día que salí de tu sangre debí haber sido algo similar a tus
ganas tremendas de vivir aparatosamente, de aplastar a mi
madre con todo el largo amor que corre por las venas cuando
uno hace la mueca de Dios, ese grito seco desamparado (tan
lleno de deseos inhóspitos y tristeza repentina) que nos
abandona y acumula. Imagino también tu gesto, el modo
sereno de apretar los ojos como quien exprime un limón con
toda la sed de sabor en el vaso rutinario de la vida individual.
Abrí los ojos y encontré tus manos. Aunque dudaste las
mantuviste ahí, a la orilla del mundo, a los pies del continente
inabarcable del amor de mi mamá. Mis ojos vieron los tuyos
y debí sentir algo parecido a lo que vive el marinero al mirar
la tierra. Puerto de carne cansada, de mirada alegre y ojos
pesados de aguantar el llanto: estabas ahí. Como una gota
repartiéndose en ondas por el estanque tu sonrisa era mi
fuerza; nos quemaba la vida, nos unía la esperanza. Yo era

todos tus sueños, el tacto en tus manos, el sabor de tu boca al decir que nací con tu signo.

Pero qué es ser padre... La ocasión de repetirnos o de reinventarnos, honrar en el otro el espacio que nos tocó llenar, volver los pasos con sabiduría y aprendizaje. Quiero ser mejor que tú en mi planteamiento. Recompensar a mamá, recogerle las lágrimas que le sembraste y ayudarla a sonreír en los paseos que la memoria nos devuelve y reconcilia.

Hiciste tu manera en este mundo, viviste como un hombre en libertad que sabe pagar, con su alma, los cadáveres que deja en la piel ajena. Escucho tu nombre y el monte se ensancha, corro por mis sentimientos como por mi vida y te siento pisando cada vez más cerca mis talones. Cómo nos pesa a los hijos la sombra del hombre mítico, la voz que nos llama hacia dentro; la fuerza moral de matar el pasado abrazando un minuto el presente. No te quiero extrañar con rencores, no te quiero escribir con las uñas la carne que se quedó doliendo. Busco la claridad del monte, busco tu canto para mi voz sin dueño.

Padre, enséñame a quererte como no te quiero, enséñame a ser lo que me merezco, a ver la playa, no por los niños que juegan alegres, sino por los barcos que ya se fueron. Ayúdame a prenderle fuego a todas las pangas en que te hundes, a mirar el cielo sin esperar la lluvia y agradecer la nube que me da sombra.

Sé que pude ser un mejor hijo. Tal vez la fruta amarga al árbol al concentrar todo el azúcar.

De raíz me enamoró tu abrazo. Que me cargaras me dio confianza en mi entrada al mundo. Todo lo podía cuando me abrías tu corazón en verbo. Llamarte es abrazar mi propia carne, sentir el viento recorrer mi piel con la autoridad del rastrillo sobre las hojas secas. Celebrarte es darte gracias por remar mis sentimientos bajo la tormenta de tu propia ruta, tu tragedia bien ganada.

Surcaste mares imposibles con la confianza de los viejos capitanes desafiando las tormentas en el diálogo pausado del cigarro. Aunque no te entiendo tienes mi respeto. Suplico tu presencia en mi última noche, te pido sea tu mano la que cierre estos ojos tuyos si me llaman antes. Que tu lengua se tropiece con las letras de mi nombre si me marchó. No me dejes lejos de tu ausencia como ahora, abrázame con tus

silencios, con esa manera tan tuya de estar cuando no me tengo.

A veces te quiero decir *papá* pero no te palpo en su sonido artero, es como si te inventara, como si mi cuerpo no tuviera sombra, como si mi sangre estuviera contenida en una sola rosa. A veces te quiero decir que tal vez te amo *pero no es justo* porque lo sabes y no haces nada. Me ves con sed, cargas con agua y no he sido vaso.

Ayer mi hijo preguntó por ti. Yo sentí en ese momento que del pozo más profundo y olvidado aparecía una fuente.

Que las líneas que te dejo te refresquen la garganta y nos ayuden a seguir silbando. Que esta carta nos regrese unos minutos lo que había cuando cruzaba la autopista de tu mano.

Posdata

Me levanta en las mañanas el recuerdo del silbido que regaba por el patio tu alegría. Hasta las aves se posan en los tendedores esperándote. Larga es la noche del habla.

Oscuro. A modo de espejo en pedazos seis voces de niños que [en]cierran la imagen herida.

VOZ 1:

Envidia, perro acariciado
como nunca acarició
mi cabellera.

VOZ 2:

Mi mente regresa a los días en el pueblo
y escucho tus pasos de toro cansado en la hierba.
Mil grillos hierven bajo la almohada
de mi memoria.

VOZ 3:

Me dijiste
que las palabras del diccionario
que no se usan
son como triciclos que se oxidan
en un patio.
Hoy así es mi corazón
y esto el chillido sin aceite
de sus ruedas.

VOZ 4:

No hay lluvia que *borre*lo que el fuego ha
escrito

sobre la hoja seca.

VOZ 5:

Aprendí que el amor más grande
es el oficio de escuchar, en otro pecho,
la oración de mis latidos. Hoy tu nieto escribe
con mejor caligrafía los abrazos que borraste.

VOZ 6:

Somos viruta de tu lápiz.

Con tu grafito calcaré en tu nieto
la escritura endeble de mi paso de cometa.

Su boca tiene los mejores versos

para cerrar el día. Mi nombre en sus labios
me otorga, sin mérito alguno, el perdón.*Efecto de sonido árbol cayendo.*Visite la web del editor escritordaniel.es

ROMPECABEZAS

Teté Soliman (Argentina)

Estás rota... ¡Cómo te desgarran la vida! Algunos se rompen bruscamente cuando los abofetea con la pérdida de un ser querido, una enfermedad. Pero, también está la destrucción crónica, aquella que te va destrozando lentamente, como desgajándote, desarmando día a día, con tanta sutileza que cuando buscás el motivo de tu ruptura no lo hallás, tan vez, seguramente comenzó hace años. Es como la erosión que hace el agua sobre las rocas. Es un proceso lento, sin embargo, no se interrumpe nunca hasta llegar a fisurar esa piedra que parecía eterna. Gota a gota, el agua va comiendo los granitos y después de tanto chocar con ellos se abre un orificio que ya nunca se va a cerrar. ¡Se rompió! No hay nada que hacer, la roca nunca más será la misma. Análogicamente las relaciones humanas sufren ese proceso de fisuración. Te preguntás, noche tras noche, horas tras horas, y no encontrás un motivo lo suficientemente importante para justificar esa angustia que te pesa en el corazón. Te mirás en tu espejo interior y te querés convencer que todo está bien. El camino introspectivo te muestra tu vida: hijos, hogar, viajes, trabajos, amores, desamores, éxitos, fracasos en proporciones normales a la de cualquier persona. Entonces, aparece la pregunta fatídica: ¿por qué me siento rota? ¿Por qué no encajo en las piezas de este rompecabezas que hasta ayer era mi vida? Tengo todo para ser feliz...¿Y?

Los días pasan, la vida pasa. La respuesta no llega. La vida se acorta y la muerte llegará lenta como el encastre de las piezas de tu rompecabezas.



EL TREN A CASA**Katerina Frias Hidalgo**

El sonido del tren se volvía cada vez más similar, pero sin tener el beneficio de nuevos territorios, el vecino oriental (el mismo que las imágenes monótonas que desfilaban tras entonces), apoyándose en su poder militar, cristal de la ventana, el suave y repetitivo intentaba hoy sustraer partes de su país, Ucrania, movimiento del vagón, y las bajas voces de los dejando vidas destrozadas y hogares muertos.

pasajeros en el compartimento vecino transmitían una calma similar a la de una meditación.

Por un momento, Nadia se perdió en eso, se dividió entre un antes y un después de la tranquilidad que le resultaba familiar desde su invierno 2022. Aprendió a empezar desde el principio, a crear una nueva realidad. Y aunque especial, como si pasara volando y, al mismo tiempo, se sentía orgullosa y fuerte tras haber superado este reto, extrañaba su hogar de una manera muy atrapada en algún lugar intermedio para especular. Cada día, en momentos específicos, le venían imágenes de los lugares cotidianos en su mente: el patio de su casa, la cafetería en la que menudo tomaba el tren desde su hogar en el este de Ucrania hacia la capital para estudiar. Cada mañana, el mercado del centro, donde compraba quince años han pasado desde entonces, y ahora la fruta los domingos, y muchos otros lugares vuelve a tomar el tren para regresar a su país. Las habituales. Al principio, estas imágenes eran muy repetidas, pero con el tiempo disminuían en su frecuencia e intensidad. Lo que temía era que un día desaparecieran para siempre. Quizás fue una razón por la cual decidió emprender esta aventura.

A través de la ventana, contempló las colinas azules y doradas que se entrelazaban con los campos verdes que aun resistían el cambio de estación. Todo ello envuelto en la atmósfera mágica de la niebla otoñal. "Qué apacible se ve este paisaje", pensó. Al otro lado de la frontera, en su país de origen, la misma escena seguramente no le transmitiría el mismo estado de ánimo. Gracias a todas estas sensaciones cercanas, lograba sentirse casi como en casa a miles de kilómetros de su patria compartía pasado e incluso territorios acompañados por la imagen del humo saliendo de una chimenea. Gracias a todas estas sensaciones cercanas, lograba sentirse casi como en casa a miles de kilómetros de su patria compartía pasado e incluso territorios acompañados por la imagen del humo saliendo de una chimenea. Gracias a todas estas sensaciones cercanas, lograba sentirse casi como en casa a miles de kilómetros de su patria compartía pasado e incluso territorios acompañados por la imagen del humo saliendo de una chimenea.

distancia, renovando sus fuerzas y llenándose de energía.

Y ahora estaba de vuelta a su país, aunque la guerra continuaba. No regresaba porque no pudiera soportar estar lejos de su hogar o porque no se adaptara a su nuevo entorno. Ella ya había vivido en el extranjero antes, hablaba otros idiomas y absorbía diferentes costumbres con entusiasmo, como una esponja. No, ella regresaba a su país para ayudar. Sentía que podía contribuir con sus habilidades a algo tangible, que su vida podría adquirir un significado mayor.

Una cosa es dar masajes terapéuticos en su pequeño estudio alquilado en las afueras de Alicante, y otra muy distinta es ayudar a los veteranos de guerra a ponerse en pie, aunque para muchos significaría algo más metafórico que real. Quería hacer todo lo que estaba en sus manos para devolverles a estos valientes las ganas de vivir, o mejor dicho, ayudarles a apreciar la vida, que para muchos nunca sería como antes.

.....



Irina Tall (Novikova)

Sobre mí: Biografía Irina Tall (Novikova) es artista, artista gráfica e ilustradora. Se licenció en arte en la Academia Estatal de Culturas Eslavas y también tiene una licenciatura en diseño. La primera exposición personal "Mi alma es como un halcón salvaje" (2002) se celebró en el museo Maxim Bagdanovich. En sus obras plantea temas de ecología, en 2005 dedicó una serie de obras al desastre de Chernobyl y se basa en temas contra la guerra. La primera gran serie que dibujó fue El Libro Rojo, dedicada a especies de animales y aves raras y en peligro de extinción. Escribe cuentos de hadas y poemas, ilustra cuentos. Dibuja varias criaturas fantásticas: unicornios, animales con rostro humano, le gusta especialmente la imagen de un hombre, un pájaro, una sirena. En 2020 participó en la Semana del Arte de Poznań. Su trabajo ha sido publicado en revistas: Gupsophila, Harpy Hybrid Review, Little Literary Living Room y otras. Enlaces a mis redes sociales: @irina1187_novikova



VICIOS EXHAUSTOS

Es por la soledad

que mis vicios exhaustos, mis garabatos inconclusos;

los himnos coreados bajo la débil promesa del crepúsculo,

la fe en las palabras, en un abecedario que arremolina toda fe,

¿cómo se encuentra la hora exacta para apuñalar el vientre
de lo insatisfecho?

¿Por qué no soltar todo y permitir varias botellas de buen vino?

¿De qué me servirán mis modestas victorias?

¿Por qué el anhelo de contrarrestar
las fecundas ciénagas del olvido?

Damián Jerónimo Andreñuk nació en City Bell en 1986 y reside en Villa Elisa, ambas localidades ubicadas en el partido de La Plata, Buenos Aires, Argentina. Publicó once libros, todos a través de certámenes en diferentes editoriales: Omisiones (Raíz alternativa, 2010), Portales al vacío (De Los Cuatro Vientos, 2011), Formas concretas (Hespérides, 2013), Silencio de crisálidas (Literarte, 2015), Metástasis (Luz del alba, 2015), Vértigo insondable (Mis Escritos, 2017), Música del polen (Hespérides, 2021), Yamila (3K, 2021), Donde orinan los lobos (Fela, 2021), Dimensiones de lo breve (Mis Escritos, 2022) y Pelear contra la niebla (Trinando, 2023). Además, a nivel nacional e internacional, obtuvo distinciones en concursos y fue seleccionado para colaborar en revistas y antologías.